





La ciudad me acoge. Brillantes rectángulos tan altos que apenas puedo descifrar dónde terminan y dónde comienza el cielo. Me envuelven en sombras. Me esconden. Me sostienen. En este preciso momento, me siento segura aquí y no recuerdo la última vez que me sentí segura en algún lugar. El sol se pone sobre un horizonte oculto, pero no vuelvo al hotel. Nadie me espera ahí.

Los sonidos y aromas de este lugar son como un mundo distinto. Huele a gente, a tanta gente. Estoy acostumbrada al olor del vacío, pero sería extraño en un lugar tan lleno. No, está más que lleno. Está bullendo de vida. El aroma del Rittenhouse Square llena el aire que me rodea, es verde y abundante. Estoy rodeada de millones de alientos que salen al mismo tiempo, rodeada de vida. Lo mejor que los Padres hicieron por mí en la vida fue caer sin causarme muchos problemas. Al menos, solo

tuve que escapar una vez. No estoy segura de que estén muertos, pero sin duda lo intenté. Y realmente no puedo pensar en eso ahora.

Más bien, necesito vivir. Solo he conocido muerte y dolor; empaparme de la vida se siente bien.

Cerrando los ojos, extendiendo mis brazos y el calor de la ciudad fluye a mi alrededor, fluye a través de mí. No hay más dolor. No hay más dedos que se entierran en mi piel, ansiosos de romperme otro hueso o de causar otro magullón en mi piel pálida. No hay más ojos ni palabras crueles que revuelven mi mundo. Ahora están muriendo. Ahora están muertos.

Y no me arrepiento de lo que hice.

Abro los ojos y observo la estatua al otro lado de la banca en la que estoy sentada. Representa una batalla: un combate salvaje, con vidas en juego. Un enorme león aplasta con su pata a una serpiente en la victoria final de una lucha a muerte. De alguna manera, me identifico más con estos animales que con las personas que me rodean en el parque. Lucho por dejar de pensar en mi propia batalla, pues aún recuerdo cada momento de la pelea por mi vida, pero nunca he sido capaz de celebrar el triunfo.

Levantando mi muñeca, veo la hora en mi reloj. Es uno digital que encontré en la sección de niños de una tienda departamental. Aún no entiendo muy bien las manecillas giratorias de su mecanismo más confuso. Y

los de adultos me quedaban flojos sobre mis muñecas demasiado delgadas. No hay muchas personas en esta sección del Rittenhouse Square, y todas ya estaban aquí cuando llegué hace quince minutos. Se ha retrasado. Solo cinco minutos, pero son cinco largos minutos. No tengo que estar en ninguna parte, pero no importa. Él es mi cuarto intento. El primero no se presentó. Con el segundo, me fui en cuanto permitió que sus ojos fueran demasiado curiosos. El tercero no parecía lo bastante inteligente para poner mi futuro en sus manos. Si voy a contratar a este tal Cameron Angelo, necesito asegurarme de que hará lo que le pida cuando se lo pida. Necesito estar segura de que sabe lo que hace.

Si esto no funciona, pasaré al siguiente nombre que mi dinero pueda comprar en un bar sombrío o en un callejón oscuro. Los servicios ilegales son fáciles de conseguir, especialmente en una ciudad grande como Filadelfia. Si puedes encontrar los lugares correctos en donde buscar y estás de acuerdo con pagar por la información, puedes conseguir lo que quieras. Los libros que Nana solía darme a escondidas por la noche fueron más educativos de lo que imaginé. Los que me dejó conservar me enseñaron más: *Flores en el ático*, *Oliver Twist* y *Secuestrado*. Ella había estado planeando mi escape por mucho tiempo, pero ninguna de las dos pensamos que lo haría sola.

Compartíamos una cita favorita. El papel que la contenía estaba tan amarillento y arrugado como las manos de

Nana, pero aun así me hubiera gustado traerlo conmigo. Lo arrancó de un libro de poetas ingleses, viejo y raído. Solo eran dos líneas de un poema, pero Nana decía que debían darme esperanza:

“Aunque mi alma pueda estar en penumbras, se levantará en perfecta luz; he amado demasiado las estrellas para temerle a la noche”.

Repito las palabras entre dientes tres veces, con mi corazón que se aferra a la cita con más fuerza que mi miedo. No hay nada que necesite más en este momento que esperanza. Aparto el doloroso vacío que sustituye a mis entrañas cuando pienso en Nana o en Sam y me pongo de pie. Pasando mi maleta a la otra mano, la aprieto hasta que mis dedos dejan de temblar. No pude dejarla en el hotel, tiene doscientas treinta mil razones para no hacerlo. Solo diez mil menos de las que tenía cuando empaqué. No está mal para más de un año sola pero, de cualquier manera, vivir a escondidas no va exactamente bien con la extravagancia. Aun ahora, se siente raro arrastrar mi maleta detrás de mí cuando sé lo que contiene. Puedo sentir a todos mirándola, mirándome.

Una chica joven pasa junto a mí tomada de la mano de un hombre y un escalofrío me recorre, como un viento ártico que comienza en mis pies y sube soplando por los serpenteantes túneles de mis venas. Tan claro como la ciudad que me rodea, veo su dolor. La niña baja su manga rosa, pero no es lo suficientemente larga

para cubrir los magullones que hay debajo. Su mano está envuelta en la de él, pero está blanda, no se aferra en busca de apoyo. Está presa, entrampada.

Millones de recuerdos de Sam bombardean mi cerebro, y mi mano libre busca en mi bolsillo el perno de metal negro que siempre llevo conmigo. Froto mi pulgar por su superficie desgastada mientras lucho por mantener las imágenes sepultadas. El pasado que desearía poder enterrar para siempre sale reptando de la oscuridad para atormentarme de nuevo: Sam y yo encogiéndonos de miedo en la esquina oscura del ático, el aliento caliente del Padre sobre mi rostro mientras me pega a la pared, la Madre que ignora mis súplicas de que deje a Sam y me lleve a mí mientras lo arrastra por las escaleras y golpea la puerta, seguido por las lágrimas en el rostro de Sam y en el mío cuando él vuelve con nuevos magullones y heridas que no pude evitar. Lo veía dormir cada noche y temía a la semana siguiente, al día siguiente, a la hora siguiente, cuando todo volvería a comenzar.

Me obligo a respirar en silenciosa agonía. Los recuerdos son demasiado dolorosos para tocarlos. Los esquivo y me atrincheró en una esquina de mi memoria, intentando fingir que esa niña no está sufriendo igual que mi hermano.

El hombre que está con ella me recuerda al Padre, pero el parecido no es exterior. Es como si irradiara la misma oscuridad. Me concentro en los detalles, haciendo que

retroceda el dolor de la emoción confusa con el firme blanco y negro de la lógica. No se parecen en nada. Este hombre es más joven, de unos cuarenta, y su cabello es oscuro. El Padre tenía cabello rubio, como Sam y yo, y su paranoia lo hacía mantenerse delgado y en forma. Este hombre es un gordo asqueroso.

Él deja de rascarse el hombro, y la niña hace un gesto de miedo cuando él levanta el brazo. El sucio cabello oscuro de ella cae sobre su cara, como solía hacerlo el de Sam. Ella se está escondiendo y nadie más la ve. Se está muriendo y nadie más lo nota. Combato una oleada de náusea e intento seguir respirando.

Los veo alejarse. La pequeña voz de Sam suplica en mi cabeza, me dice que la salve.

Nadie más la salvará, solo tú.

Me arrastran como un imán, los sigo y combato la desesperada necesidad de hacer lo que no pude por Sam. Detener a este hombre antes de que sea demasiado tarde. Sé que tengo que ignorarlo. No puedo involucrarme. Debo fingir que no la vi, pero Sam no me deja.

Te necesita.

Los sigo hacia el límite del parque, manteniendo mi distancia, solo observando.

Lo único que puedo hacer es observar, al menos, por ahora.

-Te rindes demasiado fácil -dice una voz profunda y tibia desde detrás de mí, y me giro para ver. Mis manos se

levantan de golpe en la posición defensiva que conozco tan bien.

–Oye, cálmate –da dos pasos atrás y me contempla hasta que bajo los brazos a mis costados–. Lo siento. Solo es que no quería que te fueras. Eres... –le echa un vistazo a su teléfono– Piper, ¿verdad?

–Sí –me giro hacia un lado, manteniéndolo a la vista, pero dirijo mi mirada hacia la espalda de la niña que se escabulle. El sentimiento de culpa por sentir que la estoy perdiendo es casi tan fuerte como el de tranquilidad, porque se ha marchado. Ya no es mi responsabilidad.

Nadie más la salvará.

Evito estremecerme e ignoro las palabras de Sam. Me concentro en inhalar tan solo una vez, suelto el perno y saco la mano del bolsillo, enfoco mi atención en el chico que está frente a mí. No me tomó más que unos cuantos días después de que me escapé aprender que prestar atención a los detalles me mantiene viva, tanto dentro del ático como fuera de él. Esta situación no es diferente.

Cameron es alto y tiene hombros anchos y cabello de color café a la altura de la barbilla. Piel aceitunada, la nariz ligeramente más ancha de lo que debería. Sus jeans y su camiseta roja de manga corta le quedan bien, pero no parecen nuevos. Es seguro, preparado y tranquilo.

Su postura me dice que puede hacer más que arreglárselas en una pelea, pero esa no es la ayuda que necesito. Lo que preciso es un genio, un hechicero criminal.

Los ojos avellana que me devuelven la mirada me están inspeccionando también. No puedo negar la inteligencia que hay en eso. Puede ser listo, pero es demasiado joven. No es lo que estoy buscando.

–Gracias por venir, Cameron, pero no va a funcionar –me doy vuelta y me alejo, las ruedas de mi maleta golpean apresuradamente sobre cada grieta de la acera. *Clic, clic, clic, clic*, el acelerado pulso de una ciudad tan viva como la gente que la habita. Cada parte de Fili es diferente. Una sección es un barrio acogedor rodeado de árboles, la siguiente es un desbordado centro de negocios. Me hace sentir segura, como si la muerte no pudiera seguirme hasta aquí. Aunque muy en el fondo, no tengo duda de que *puede* hacerlo hasta cualquier lugar.

Un momento después, él está caminando junto a mí, con sus largas piernas que fácilmente alcanzan mis pasos rápidos.

–Lláname Cam.

–Bueno, Cam –no me tambaleo, aunque para mi bien, el nombre es demasiado cercano al de mi hermano–. Aun así, no va a funcionar.

Le echa una mirada a mi equipaje.

–Parece que te diste por vencida conmigo antes de conocernos. Es eso o eres la aeromoza más joven que he visto en mi vida. ¿Vas a tomar un vuelo o algo?

–No. Solo creo que tú y yo ya terminamos –me paso la maleta al otro lado, para poder quedar entre ella y

él. Cualquier futuro que pueda construir depende de mantenerla a salvo.

–¿Puedo preguntar por qué?

–Eres demasiado joven.

Se ríe, pero se va deteniendo como un auto descompuesto cuando ve que hablo en serio. Entonces levanta una ceja.

–Cuando eres el mejor, la edad no importa. Además, tú, ¿cuántos años tienes? ¿Quince?

–Diecisiete –no admito que no estoy totalmente segura. Era muy difícil medir el tiempo en el ático. E incluso antes de que me encerraran ahí a los seis, una de nuestras vecinas, una anciana cuyo nombre quisiera recordar, fue la única persona que me deseó feliz cumpleaños. Es muy poco lo que puedo recordar del tiempo antes del Padre. No era bueno, pero era mejor. El dolor seguía ahí, solo era diferente. Cambiar el dolor del hambre por magullones y cicatrices no era mi idea de una mejora. Seis años con la Madre y sus adicciones, luego diez años con el Padre y las suyas.

–Entonces, estamos igual. No es suficiente razón.

Me detengo para ver a Cam a la cara. Un millón de instintos me dicen que siga caminando y lo ignore. Se rendirá en algún momento, pero algo en mí me pone reacia a irme.

–Porque llegaste tarde –le digo.

–Llegué antes que tú.

-No -una imagen de cada persona que estaba a mi lado en el parque cuando llegué pasa por mi cabeza-. No estabas.

-¿Puedo? -me dedica una gran sonrisa y luego se para con cuidado detrás de mí. Levantando un brazo, señala un pequeño espacio en uno de los setos al otro lado de la estatua. Sería casi imposible ver desde donde yo había estado esperando, pero, desde ese sitio, él podría ver toda la sección del parque. Suelto el aliento. Muy inteligente.

-Bien -me doy vuelta para quedar frente a él y, de inmediato, doy un paso atrás. El olor a jabón, a menta y a algo tibio y boscoso me sobrecoge... muy cerca, demasiado cerca.

-Entonces, ¿estoy recontratado? -se inclina hacia adelante y me muestra una amplia sonrisa.

-Para eso, tendrías que haber estado contratado en primer lugar.

-Entonces, ¿por qué nos reunimos?

Levantando la maleta, camino hacia un árbol cercano y me siento en el césped. Cuando él se sienta, de nuevo está demasiado cerca.

Me retuerzo por un momento antes de deslizarme un poco para alejarme de él. El tipo no tiene sentido del espacio personal.

-Esta es la entrevista -digo.

Baja la mirada hacia el espacio ahora ligeramente

más amplio entre nosotros, y me sorprende lo molesta que me siento cuando el extremo de su boca se tuerce.

–Bueno. Una entrevista entonces. ¿No deberías hacerme algunas preguntas?

–¿Cuánto cobras? –juego con una hoja junto a mi rodilla, la hoja es más larga de las que la rodean.

–Directo al dinero. No te andas con rodeos, ¿verdad?

–No –lo miro a los ojos–. Y si tú sí...

–Entiendo –levanta las manos y me ofrece una sonrisa tranquila–. Eres muy estricta y seria. Puedo con eso.

Su sarcasmo se escucha fuerte y claro. De algún modo, cree que tiene el control de esta situación, de esta conversación. No me gusta eso. Parece bastante amable, pero no sé qué hacer con *amable*. Lo único que *necesito* es alguien que haga el trabajo y luego me deje en paz. Lo acabo de conocer hace dos minutos y Cam ya no me parece ese tipo de chico.

–Esto no es un chiste para mí –quitándome el césped de las manos, comienzo a levantarme cuando él toma mi brazo. El pánico y la adrenalina corren por mi sistema y no puedo respirar. Ya no puedo verlo. Es una sombra, un remanente del Padre. Con un movimiento, tuerzo mi muñeca, la tomo y me suelto de su mano. No debería tocarme. No tiene idea de lo que soy capaz. De mi pecho salen jadeos. Veo cómo los ojos de Cam se abren mientras el miedo y la ira chocan dentro de mí, pero sus palabras los tranquilizan de inmediato.

–Bueno, calma y respira... –su voz trae claridad y aligera un poco mi pánico. Es fuerte y firme como la del Padre, una voz de hombre, pero sin la amenaza ni la malicia–. Entiendo. Quieres una nueva identidad. Eso lo puedo dar –el tono de Cam es bajo y tranquilo. Levanta la mano en señal de rendición y retrocede algunos centímetros. Su mirada sostiene la mía, y cualquier rastro de humor se ha ido–. Te daré un pasado diferente y puedes convertirlo en cualquier futuro que quieras. Te ayudaré a vivir sin ser advertida, a vivir invisible. Soy el mejor. Mi tarifa son siete mil y te garantizo que vale cada centavo.

Su seguridad me tranquiliza. Me reacomodo en el césped y contemplo el parque a mi alrededor. Como tantas veces desde que escapé, me siento como si alguien me estuviera viendo. Pero no es posible. Aun si hubiera sobrevivido, el Padre no podría haberme seguido... no, tengo que ignorar la sensación y enfocarme en lo que puedo controlar, en las decisiones que debo tomar... en Cam.

Tres fuentes diferentes me dijeron que era el más recomendable y el único. Que Cam era mi mejor opción. Solo he esperado todo este tiempo para contactarlo porque no me gusta tomar el camino obvio. Me hace sentir predecible y vulnerable. Pero supuestamente sus contactos y sus habilidades de *hackeo* no tienen comparación.

Tomando la muy larga hoja del suelo, la paso por el dorso de mi mano. Él estuvo aquí primero, observándome

y esperando. Parece entender señales que ni siquiera me doy cuenta de que le he estado enviando. Comienzo a ver por qué, aun a su edad, es el primer nombre que me dieron. Sin verlo, le doy mi respuesta:

–Bien. Nos vemos aquí mañana a las diez. Comenzaremos con una nueva identidad, luego un departamento. Mi hotel apesta.

Está oscureciendo. La calle cercana se ilumina cuando todas las lámparas se encienden al mismo tiempo. La ciudad se prepara para combatir la noche que viene. La luz les da un extraño brillo a los ojos de Cam mientras me pongo de pie.

–Espera –dice.

–¿Qué? –bajo la mirada hacia él, ya impaciente por irme. No me gusta quedarme quieta por mucho tiempo. Quedarme quieta me recuerda al ático. No sorprende que tampoco sea una gran fan de los espacios pequeños.

Cam se aproxima hacia adelante y envuelve un largo brazo alrededor de su rodilla.

–Tengo preguntas para ti.

–No.

–¿No? ¿Qué quieres decir? –su expresión es de incredulidad, pero no voy a seguir ese camino. Cuanto más pronto entienda eso, mejor.

–El significado de la palabra *no*, ¿cambió recientemente? –mantengo mi voz tranquila mientras froto mis manos, el frío de la tarde está llegando rápido.

–¿No vas a responder ninguna de mis preguntas? Una entrevista va en dos direcciones, ¿sabes? –sus ojos son penetrantes–. No he decidido si estoy dispuesto a ayudarte.

La gente que lo recomendó había sugerido que algo como esto era una posibilidad. Aparentemente, en el último año, se había vuelto muy quisquilloso con el tipo de clientela que estaba dispuesto a aceptar.

–Dos preguntas –asiento e intento no mostrar lo profundamente herida que me hace sentir esta concesión–. Responderé si puedo.

–¿Tienes antecedentes? –su expresión es seria.

–No. Última pregunta –eso fue fácil. Es difícil tener antecedentes cuando nadie sabía que estábamos en el ático para empezar. Espero a que hable.

–¿Alguien te está buscando?

–No –niego con la cabeza y estudio la acera que rodea mis deportivos negros. La mayor parte del tiempo, estoy bastante segura de que no quedó nadie. Se me escapa un temblor, pero intento disimularlo encogiéndome de hombros.

–¿Y si necesito saber más?

–Si es sobre lo que pasó antes de conocerme hace cinco minutos, entonces no. Llamémosla *la regla de los cinco minutos*. Es inquebrantable –digo, bajando el mentón.

Cam se pone de pie de un salto tan rápido que retrocedo dos pasos y pongo mi maleta entre nosotros, como un escudo. Luego se congela, se queda completamente quieto hasta que relajo mi postura.

-Bien -dice. Con su espalda que da a la lámpara y su cara escondida en la sombra. No puedo ver su expresión, pero hay una dureza en su voz que me inquieta-. Lo discutiremos mañana.

Se gira sobre un pie y se va.

-No, no lo discutiremos -sé que no puede escucharme, pero respondo, más que nada, para tranquilizarme a mí misma.